



VISTA DE LA CATEDRAL DE BURGOS

(Fotografía de A. Vadillo.)

Psicología de unas líneas.

Yo no sé si Fernando el Santo y su buen obispo Mauricio, por un estupendo milagro de comprensión, tuvieron conciencia de esa armonía geográfica que la arquitectura moderna pide a las construcciones actuales. Seguramente, no.

Pero, sin ellos darse cuenta, el acierto puso su huevo de oro en la obra maravillosa de esta catedral burgalesa. Y el alma castellana, al través de su capa de tierra, de esta capa raída y parda de la meseta, se abrió en un impulso pasional, atormentado como llama, y categóricamente ascendente, como llama también.

La llama sigue ardiendo. Esos grupos de agujas que emergen de las casas, continúan en el espacio el arranque profundamente castellano del rey Santo. ¡Arriba, más arriba; subir siempre! Ya se nos han aparecido el alma de Santa Teresa y las penosas confidencias de los chopos de estas tierras de Burgos.

Notad, si no, cómo, a pesar del contraste, no hay disonancias en esta imagen representativa del alma castellana que teneis a la vista. No hay ahí oposición, ni siquiera dureza entre las líneas. La verticalidad camina procesionalmente por la magnífica amplitud de una horizontal infinita. Parece como si lo mejor de la masa tendida en todas direcciones se hubiese incorporado y se empeñara en alcanzar el cielo para entrar en él, no por aplastamiento, que es brutalidad e incomprensión, sino por agudísima punzada, como herida de amor, que es penetración y acuerdo supremos sobre todas las cosas. Así

veréis oscilar graciosamente esas agujas de las torres, de la linterna del crucero y de la capilla del Condestable. No cabe dudar de su ascensión; pero suben vacilando dulcemente. En todas ellas hay como un leve cabeceo que es a la vez impulso ascensional y tanteo de la resistencia de las propias raíces: agarrarse mejor antes de subir más. Alguno explicaría así la mezcla de idealismo y realismo que se encuentra en todo lo castellano.

Porque esa elevación vacilante es la de Santa Teresa, cuya alma balbucea mientras vuela a penetrar en el Amado. Y es también la de estas procesionales alamedas de chopos, que son como grandes llamas verdes donde se consume la sustancia dormida en la extensión de los inmensos trigales ondulados.

Hay, además, en ese temblor ascensional, en el de los chopos, en el del alma de Santa Teresa, en el de las agujas de esta Catedral, un ruido de oraciones, la leve agitación de las cosas sutiles que se desprenden suavemente como una bendición apenas iniciada. Los siglos suelen sonar así alrededor de las cosas externas.

Y ante este maravilloso acierto de Fernando el Santo y de su obispo Mauricio, que le trajo la novia y la Catedral, ¿no se os pasan unas ganas atroces de estudiar el alma castellana como si la tuviérais extendida ahí encima, sobre la mesa de disección de la meseta burgalesa?

LEONCIO URABAYEN

Burgos, Mayo 1918.